

LA LITURGIA COMO FUENTE DE UNIDAD EN LA IGLESIA

II

En el artículo anterior (SÍNITE 2 [1961] 163-180) tratamos los aspectos más bien teológicos y bíblico-litúrgicos de la misa, en cuanto ésta es la fuente de unidad en la Iglesia. Veamos ahora algunas perspectivas pastorales, teóricas y prácticas.

Se refieren a toda la labor catequística requerida, en primer lugar, para que el misterio de unidad de la Liturgia pase a ser realidad en los que toman parte en ella (IV); en segundo lugar, para que la unidad mística se proyecte hacia afuera y construya la unidad en la labor apostólica, educativa, social, económica y, en general, en todo esfuerzo por construir un mundo mejor (V).

IV.—ACTUALIZAR, PASTORAL Y SICOLOGICAMENTE, LA UNIDAD ECLESIAL

EL PROBLEMA

Terminada esta parte, más bien de orden teológico y objetivo, queda aún por considerar el aspecto inverso, subjetivo: veamos ahora no lo «dado», sino lo «recibido», para usar la perspectiva y vocabulario del P. Yves Congar, O.P.

En otros términos. Sabemos que Dios produce la unidad en el hombre asistente a la Misa. Es decir, por la virtud eficaz del sacramento se produce dicho efecto, incluso si el hombre tiene sólo preparación mínima, que puede reducirse simplemente al estado de gracia, necesario para la licitud del sacramento.

Ahora bien, la perspectiva pastoral y las necesidades cada día más apremiantes de la Iglesia no se satisfacen con el efecto sacramental

reducido al mínimo. Es ésta la visión puramente jurídica. La pastoral tiende siempre a los máximos¹: para que la Iglesia sea rica y digna Esposa de Cristo, realizadora de acción transformante del mundo, se requiere tomar conciencia, actualizar y proyectar hacia afuera las virtualidades sacramentales. Es la tarea de la labor pastoral en sus múltiples formas, normativas y prácticas.

En nuestro caso, no debemos conformarnos con conocer las virtualidades unitivas que producen los sacramentos; hemos de dar el máximo de realismo a la eficacia sacramental: preparar y disponer a los jóvenes, para que el efecto sacramental no quede reducido al mínimo, poco operante, sino que alcance el máximo posible; para que el máximo en lo «dado», en el don de Dios, produzca de hecho el máximo de santidad en el hombre.

Es fundamentalmente obra de educación: en la lección catequística y en la misma acción litúrgica: es ya tópico que una misa vivida y rica bajo todos sus aspectos es la mejor catequesis².

ESTUDIAR LA MISA A FONDO, SEGÚN TODAS SUS PERSPECTIVAS

Para que el catequista sitúe debidamente la catequesis litúrgica, se requiere que penetre en la esencia de la Misa: salirse del mero ritualismo; ir más allá de la abundancia sobrecargada de ritos y del conocimiento algo trivial que de ellos solemos tener, y descubrir y hacer descubrir su significación profunda: hacer decir a las acciones litúrgicas la verdad que les es propia.

Dos urgencias, pues: descubrir para nosotros su verdad toda (intelectual y existencial) y llevarlas a que canten y expresen para todos esa verdad al realizarlas. Porque los sacramentos, como tales sacramentos, existen propiamente para los hombres; no para Dios: «Sacramenta propter homines», dicen los escolásticos.

¹ Cfr. A.-M. ROGUET, *Les Sacraments en général*, Initiation Théologique, IV, Cerf, Paris, 1954, pp. 447ss.

² «Il ne faut pas oublier que la liturgie est avant tout action sacrée. La catéchèse éclaire cette action. C'est donc une raison de plus pour que cette action soit belle et juste. Les meilleurs commentaires sont inutiles et même nuisibles, ils vont contre leur but s'ils attirent l'attention sur une célébration peu digne (...); une catéchèse purement verbale et théorique, à laquelle ne correspond pas un effort de réalisation, ne sera pas prise au sérieux» (*Directoire pour la Pastorale de la Messe*, n.º 40).

OBSERVAR CON LOS SENTIDOS

Para descubrir nosotros su verdad, necesitamos observar directamente con nuestros sentidos, especialmente con la vista. Para infundir verdad a los signos litúrgicos, hemos de entregarnos a ellos con el máximum de intencionalidad. Entonces, de rechazo, descubriremos por un género de pedagogía vital los grados de verdad que aún no habíamos podido captar: el Misterio, tanto el litúrgico, estrictamente dicho, como, en general, todo el Misterio cristiano, por consistir esencialmente en una *acción*³, tiene de particular que sólo se le puede captar hondamente en una *acción*; y cuanto más por entero nos entregamos a ella, tanto mejor lo conoceremos.

Observemos, pues, el lenguaje de los signos: el valor comunitario que tienen la Palabra escuchada, el ofertorio, el canon, la comunión, la consagración, la Asamblea con sus gestos, actitudes y cantos.

Como no se trata de significaciones puramente naturales, si bien se apoya en ellas, la tarea del educador es aquí de primera importancia. Pero su actuación personal en la misma Liturgia es aún más decisiva: cuando la unidad de la Liturgia no es real en el seno de una comunidad de educadores, entraña ironía máxima pretender crearla en la comunidad colegial o escolar, como sería ridículo que un organismo muerto intentara mediar en la producción de la vida.

Cuantos escriben sobre la educación litúrgica coinciden en lo siguiente: la Liturgia es universo vital y no proceso intelectual, lógico y abstractivo. Se realiza propiamente en acciones. Exige, por ello, experiencia personal de todo el ser y facultades: todas han de sumergirse, según su modalidad propia, en la Liturgia. Por consiguiente, si es cierto que hemos de presentar a las facultades cognoscitivas las virtualidades de unión que posee, lo es aún mucho más que hay que

³ «... Mas como el plan de salud no es sólo doctrina, sino, en primer plano, la *acción* redentora de Cristo, por eso la Iglesia conduce a la humanidad a la salvación no sólo por el verbo, sino por las sagradas acciones. Por la fe y los misterios vive Cristo en la Iglesia» (Odo CASEL, *El misterio del Culto cristiano*, Dinor, San Sebastián, 1953, p. 45).—«El Cristianismo, en su fondo esencial, no es doctrina, sino vida, vida de Cristo en los bautizados. Allí donde resplandece el Cristianismo, se despiertan siempre poderosos impulsos vitales, que en breve se hacen también patentes en el mundo de las manifestaciones externas, como fuerzas que reforman y renuevan. Las investigaciones más recientes muestran, cada vez con más claridad, la gran transformación que ha experimentado por dentro el mundo antiguo por influjo del espíritu cristiano» (Ildefonso HERWEGEN, *Iglesia, Arte, Misterio*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1960, p. 69).—Cfr. también: Louis BOUYER, *Le Mystère pascal*, Cerf, Paris, 1957, pp. 9, 10, 72.—Odo CASEL, *op. cit.*, pp. 49ss.—P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F. S. C., *Introducción a la Teología Pastoral de la Misa*, cap. I.

llegar a que dichas virtualidades pasen al acto consciente, cada vez que el niño entra en la Liturgia, según el modo que le es propio, es decir, a través de los signos o gestos externos verificados con suma intensidad, no como mero logro exterior, sino como eco procedente de la interioridad.

No tiene, pues, sentido alguno separar lo interno de lo externo. Tal separación significaría comprender lo interior según criterios propios de la piedad privada, pero impropios del universo litúrgico o bien simple ampulosidad de formas desprovistas de contenido.

Tal disyunción revelaría, en último término, desconocimiento de la naturaleza honda del hombre como individuo y como piedra del edificio social: sus formas y hábitos sensitivos, cognoscitivos y volitivos y su apreciación de los valores van perfilándose en constante diálogo existencial con el mundo de las formas que le rodean: éstas proporcionan nuevo material y densifican el que ya poseía.

PERSPECTIVA HISTÓRICA

La segunda perspectiva fundamental es la *histórica*. Nos señala el carácter comunitario de la Misa realizado en el tiempo. Nos enseña a desprendernos de nuestras ideas personales, para amoldarnos a una tradición y espíritu mucho más católico y sustancioso que lo transmitido por el medio siglo de nuestra corta existencia, postrer aletazo de una época espiritualmente pobre.

Al escaso tiempo que esto representa para dar razón completa de la síntesis cristiana, se añade que el rasgo más acusado y destructor de nuestros últimos siglos ha sido el individualismo.

La historia nos enseña que la Misa fue concebida y estructurada durante las épocas de su creación con sello eminentemente comunitario⁴. La repartición de oficios (lectores, celebrantes, coro, pueblo, oficios menores...) constituía un todo orgánico en que cada una de sus partes respondía de su cometido, sin las repeticiones enojosas que ahora observamos.

Estas vienen de tiempos individualistas: los unos no atienden al cometido de los otros, y obran independientemente⁵; el excesivo ornato, tanto de las ceremonias y polifonías como del fasto arquitectónico, menoscaba el carácter íntimo y familiar de una comunidad que

⁴ Cfr. J. A. JUNGSMANN, *La messe, son sens ecclésial et communautaire*, Desclée de Brouwer, pp. 52-54.

⁵ J. A. JUNGSMANN, *op. cit.*, cap. III.

se encuentra a sus anchas en su espacio vital en una acción litúrgica concebida a su medida.

La Tradición antigua nos da, inversamente, sentido más robusto de Iglesia: la concibe más bien, aunque no exclusivamente, como organismo interno o Cuerpo Místico de Cristo que como estructura jerárquica externa y jurídica⁶; entiende la Misa primordialmente como el Sacrificio de toda la Iglesia, Cuerpo Místico y, sobre todo, de la Iglesia concreta, es decir, de la comunidad local o parroquial⁷.

Con el correr de los tiempos y la clericalización de la Liturgia, se fue perdiendo el sentido profundo y genuino del Misterio de la Iglesia. Mucho contribuyó a ello el alejar el altar del pueblo, la incompreensión de la lengua litúrgica y el convertirse en oficio de clérigos. Entonces se introduce una serie de elementos en oposición abierta con el sentido católica de la Misa. En ellos se adultera el sentido de representante de la Iglesia que tiene el sacerdote.

PERSPECTIVA ECLESIAL: LA IGLESIA COMO CUERPO MÍSTICO

El sentido interior de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo es, pues, fundamental para la comprensión comunitaria de la Misa⁸. Al irse esfumando ese sentido, fue desapareciendo poco a poco en la sensibilidad de los fieles la dimensión comunitaria: cada uno se enfrasca en su libro; asiste caprichosamente a su modo, ignora en absoluto el canto, uno de los elementos más expresivos y creadores de la dimensión comunitaria de la Misa en la experiencia de los fieles; no da importancia, apoyado con frecuencia en la enseñanza casuística de los moralistas, a que el Santo Sacrificio no comience ni concluya sino con la asistencia total de la comunidad; se retira de la comunión sacramental, etc.

Ya hemos insinuado indirectamente que la iniciación en el Misterio de Cristo, de la Iglesia y de sus miembros es condición imprescindible para que el sentido de solidaridad litúrgica eche raíces profundas en nuestros educandos: sin comprender cómo todos, arracimados en una comunidad de destino, formamos la Iglesia celebrante, es imposible calar en lo hondo el dinamismo de unidad que posee la Eucaristía.

⁶ J. A. JUNGSMANN, *op. cit.*, pp. 81, 82, 86, 87.

⁷ *Op. cit.*, pp. 21, 22, 23, 24, 25, 26, 29, 30.

⁸ *Op. cit.*, pp. 31-33.

Este principio tiene aplicación inmediata en la educación litúrgica de la juventud.

Se presta también a profundas meditaciones observar su necesidad imprescindible, tratándose de pequeños sectores de individuos lo mismo que en los grandes movimientos religiosos de la historia. En efecto, el movimiento litúrgico —uno de los fenómenos más significativos de la vida cristiana en los últimos tiempos— ha sido precedido y preparado por una reflexión profunda sobre el Misterio de la Iglesia, de modo especial por la escuela teológica alemana de Tubinga y, en Inglaterra, por el cardenal Newman. El principal representante de Tubinga, Möhler, escribió la obra fundamental intitulada precisamente *La Unidad de la Iglesia* ⁹.

Todas las incalculables consecuencias de esta renovación eclesiológica no han salido aún a la luz, pero ya empiezan a vislumbrarse. Ha influido de manera determinante en el movimiento litúrgico, pero ha sido también punto de partida para estudios sobre el laicado, adaptación a los tiempos modernos, formas de apostolado, institutos de perfección, unión de las Iglesias, movimientos sociales obreros, penetración entre ambos cleros, movimientos Pro Mundo Mejor, Curtillos de Cristiandad, Teología de la Historia y de las realidades terrenas...

Este fenómeno de influencia mutua entre eclesiología y sentido comunitario de la liturgia no obedece a coincidencia puramente casual de la Historia, sino a rígida dialéctica de causa y efectos. Como esas causas siguen operando con más intensidad aún, si cabe, en nuestra época, podemos augurar para la Iglesia tiempos de resurgimiento primaveral, si bien nos es difícil aún prever sus modalidades concretas y los cambios de perspectivas, sacrificios y adaptaciones que sin duda exigirán a los que estamos tentados a absolutizar, hasta en los menores detalles, nuestros puntos de vista y nuestros principios de acción.

APLICACIONES PASTORALES PRÁCTICAS

Al término de esta exposición, estamos tentados de exclamar: ¡Cuán lejos está todavía la realidad del ideal expuesto! La respuesta es siempre la misma. Se trata de una obra toda de Dios y toda del hombre. Es necesario que éste aporte su buena voluntad, sin la cual

⁹ Johann Adam MÖHLER, *Die Einheit in der Kirche oder das Prinzip des Katholizismus, dargestellt im Geist der Kirchenväter der drei ersten Jahrhunderte*, Tübingen, 1825.

todo se limitará a un hermoso esquema de ideas bien trabadas, pero no menos estériles.

A la pastoral de la Iglesia incumbe la tarea de concretar, ayudar y activar prácticamente los efectos unitivos de la Liturgia. En esta pastoral de la Iglesia, el sector educativo ocupa lugar de primera magnitud. Sólo pueden menospreciarlo los superficiales que no saben ahondar ni situar, según su mayor o menor fuerza de impacto, las diversas causalidades que pesan sobre el individuo. La educación y en especial la escolar es la más honda y duradera¹⁰.

Para educar el sentido de unidad de la Liturgia no basta, ni siquiera procede, partir de un lenguaje puramente teológico abstracto. Hay que partir de sus manifestaciones sensibles o signos externos creados por la Iglesia en su secular experiencia para expresar humana y sensiblemente el misterio de unidad de la Misa. Si en lugar de este lenguaje empleamos solamente el que la Teología especulativa ha elaborado con otra finalidad y un poco de espaldas a la psicología del pueblo y a las figuras bíblicas¹¹, correremos el peligro de crear dos edificios paralelos: el que se dirige a la simple inteligencia y el que se capta sensiblemente en la celebración litúrgica y en los textos que la acompañan¹².

Hay, pues, que observar e interiorizar los diferentes signos de la misa; hacérselos notar, comprender y amar a la juventud, desentrañarles el misterio que encierran y, finalmente —y es lo más importante—, inducirlos a que de ellos tengan experiencia religiosa en la misa dominical o diaria.

¹⁰ El famoso catequista Johann Baptist HIRSCHER increpaba ya en el siglo XIX al clero porque se daba cuenta de que el hombre es capaz de escuchar solamente durante su juventud: La profesión de catequista, dice, «es, sin duda alguna, la porción más importante de todo el ministerio pastoral... Si el clero desconoce la seriedad del momento y juzga que basta aún hoy el derroche de fuerza que bastó en otro tiempo... ¡cómo habrá de sorprenderse luego, cuando habrá de verse arrojado fuera, cuando más seguro y protegido se sentía! Podrá entonces predicar y lamentarse con fuerza. El clero podía ya saberlo que *sólo en la juventud se escucha. ¿Por qué no ha predicado a la juventud?* La presión hostil es enorme; *sólo a condición de apoderarse de la juventud y con un derroche extraordinario de fatiga y de tiempo darle fundamentos sólidos en la fe y santificarla*, conduciremos felizmente a los pueblos a través de la tempestad desencadenada y al mismo tiempo nos salvaremos nosotros mismos de la ruina» (Franz Xaver ARNOLD, *Al servicio de la fe*, Herder, Buenos Aires, 1960, p. 80).

¹¹ Cfr. A.-G. MARTIMORT, *Les Signes de la Nouvelle Alliance*, pp. 18ss.

¹² Cfr. A.-G. MARTIMORT, *op. cit.*, pp. 11 y 12.—P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, o. c., pp. 89-92.

LOS DIÁLOGOS

En primer lugar, los *diálogos*. Todos sabemos cómo nuestra expresión verbal es una especie de aventura en que todo nuestro ser se encarna y compromete. De ahí que se pueda hablar de la dimensión ética que entraña nuestro expresarnos a los demás¹³. Uno de los terrenos en que, por desgracia, más desacreditados están palabra y diálogo es el de la Liturgia. Hemos de desvelar a nuestros muchachos la unión eclesial que entrañan los diálogos. Los «*Dominus vobiscum*» declaran una original presencia divina creada en los fieles por el simple hecho de hallarse reunidos en nombre del Señor para celebrar la acción litúrgica. Iniciémosles en el fundamento escriturario de esta realidad; que en la catequesis esta presencia de Cristo en la Asamblea de hermanos sea objeto de su oración; avivemos en la misma Misa la conciencia del «*Dominus vobiscum*» por medio de oportunas mociones que le precedan inmediatamente.

Los «*Amen*» afirman la parte de los fieles en la Misa. Significan su ratificación como pueblo unido, del Santo Sacrificio. Avivemos el sentido de «*Ecclesia*» que posee y debe estimular el «*Amen*» solemne. Puede utilizar la Catequesis mil procedimientos para rezarlo. Así se despertará el gusto por él. Refiriéndose al «*Amen*» que concluye el canon, afirmaba San Jerónimo que resonaban las bóvedas del templo animado por las voces entusiastas de un pueblo cantando en masa.

El «*Sanctus*» y los «*Amen*» manifestaban intuitivamente a los cristianos su ciudadanía celeste.

LAS ORACIONES

La dimensión eclesial de las oraciones *colectas* y *poscomuniones* que siguen al «*oremus*» irán formando cuerpo en la conciencia de nuestros muchachos, si las observaciones atinadas del comentador por medio de intervenciones, variadas en forma y en contenido, van poniendo al descubierto toda la preocupación y teología de Cuerpo Místico que la Iglesia ha ido depositando en ellas.

LAS ACCIONES

Las *acciones* que en la Misa tienen lugar poseen también gran fuerza de cohesión. Observándolas intuitivamente, desentrañando en

¹³ Georges GÜSDORF, *La Parole*, P. U. F., París, 1956, pp. 111 ss.

la catequesis su significado y volviéndolas de nuevo a observar y a incorporarse a ellas —más que enfrascándose en el misal—, irá incorporándose a la vida de los jóvenes el valor comunitario de la Misa, toda ella ininterrumpida acción: los gestos de ofertorio; las lecturas; la consagración; la conmixción; el canto del prefacio; la adición de la gota de agua; las actitudes hechas con calma, conociendo el significado más o menos objetivo de algunas posturas, pero sobre todo viviendo al compás del espíritu encerrado en la uniformidad de acciones por parte de los fieles; el beso de paz; la comunión; el ir a comulgar cantando; el entrar y salir procesionalmente, etc. En una palabra, la iniciación litúrgica ha de girar en torno al siguiente proceso: observar las acciones, realizarlas, interiorizarlas.

También hay que despertar la atención sobre las acciones que realizan los mismos fieles. La Misa no hay que verla sólo de parte del presbiterio y del altar. No se la entenderá plenamente si se hace caso omiso del misterio de la Asamblea celebrante. Es la Iglesia actualizándose. Todas sus acciones, movimientos, procesiones, oraciones, respuestas, cantos, silencios... tienen significación litúrgica: se inciensa el Misterio de la Asamblea porque se ve en ella la comunidad de santos, se le pide que corrobore el Santo Sacrificio, que se una al celebrante...

La acción por excelencia de la comunidad, la comunión, debiera poner ante los ojos de nuestros jóvenes el realismo comunitario de la acción litúrgica. Acostumbrémoslos a considerar Misa y comunión como realidades inseparables, a realizarla con decoro, orden y armonía y dentro de un marco lírico y solemne. Incitémosles a que su piedad particular ceda el paso a preocupaciones apostólicas generosas, cuyo centro lo ocupe la Iglesia, de tal manera que no se sientan a sí mismos como objeto primero de la obra salvadora de Cristo, sino más bien como piezas auxiliares de un todo, más atentos a sus responsabilidades que a sus derechos, en el grandioso edificio del Cuerpo Místico de Cristo.

Con estas perspectivas, las comuniones aisladas fuera de la Misa les parecerán desplazadas; descubrirán por sí mismos la anomalía de esas comuniones, que por negligencia han desplazado de su círculo espiritual el cortejo de hermanos; les resultará evidente que una comunión, por muy fervorosa que parezca, pero en la que las perspectivas globales de la Misa están ausentes, pierde gran parte de su densidad para el hombre.

En las primeras comuniones, son abundantes los contrasentidos

que nuestra solera individualista nos hace pasar inadvertidos. Así, el niño con su misalito «Mi Jesús», comulgando solo y separado de los demás; es esto tan extraño como lo sería la ocurrencia de ofrecer el banquete aparte y solitario a la doncella el día de su presentación en sociedad. Debiera ser, por el contrario, la mejor ocasión de entrada personal del niño en el Cuerpo Místico, en la comunidad cristiana, concreta y local, mediante actos que le enmarquen a él dentro del círculo de las personas adultas allí presentes.

Medio excelente que ponen a nuestra disposición las recientes directorices de la Santa Sede, incluso en las misas cantadas, es el oficio de *comentador*. Su actuación puede facilitar a los asistentes, en especial a los niños, su inserción cada vez más profunda en el Cuerpo Místico por la Santa Misa. Requiere preparación mediata y próxima, cierto tacto psicológico, un *mínimum* de acuerdo con el celebrante y sobriedad en las palabras y gestos. Sus moniciones irán haciendo presentes en los niños los diversos ángulos comunitarios que tiene la Misa. Facilitará esto por cuanto sus incitaciones a la voluntad y al afecto se juntarán a la adhesión intelectual, consiguiéndose así que vaya entrando poco a poco en la esfera experiencial-religiosa del niño cuanto fuera de la Liturgia suele quedar en el plano meramente intelectual. Es esto propiamente *mistagogia*.

El oficio y las intervenciones del comentador en ningún modo rebajan la seriedad de la Santa Misa. Al contrario. Es propio de una acción en la que el sacerdote, como celebrante, ha de conservar su oficio hierático, que el monitor vaya dirigiendo la acción, conduciendo a sus actores e impulsando suavemente la voluntad a mejor identificarse con su cometido y a entrar más profundamente en el corazón de la acción y del juego en que toman parte activa ¹⁴.

Tratándose de niños, este papel es aún más importante y delicado. Lo exigen, entre otros, los siguientes motivos: la atención más débil del niño; la secuencia abundante y rápida de tiempos diversos y diferenciados que se suceden en el curso de la Misa; la propensión al cansancio y a la rutina; lo difícil y profundo del misterio litúrgico; la indecisión a que se prestan los movimientos; la necesidad que tienen los niños de impulso extrínseco para que su voluntad interiorice la fuerza comunitaria de la Misa.

¹⁴ Cfr. los números 60 y 61 de «La Maison-Dieu», consagrados, respectivamente, al estudio de los actores de la celebración litúrgica y a las funciones litúrgicas según la Tradición.

V.—COROLARIO: LA UNIDAD EN LA MISA Y LA UNIDAD EN LA VIDA

EL PROBLEMA

Concluycamos lo dicho hasta ahora con una aplicación práctica: reflexionemos unos instantes sobre el grave problema de la *inserción de la Misa en la vida*.

Sabemos que el Misterio de la Iglesia se resume en el Misterio pascual de Cristo y que éste se recapitula en la Misa. Ahora bien, ésta, como Misterio de todo el Cuerpo de Cristo, no termina plenamente cuando acaba su realización litúrgica. El Misterio pascual nos impulsa a una síntesis dinámica entre lo estrictamente litúrgico y su pleno acabamiento en la vida cristiana. De ese modo, el desarrollo de la vida de gracia del cristiano, que se manifiesta en la edificación de la Ciudad de Dios en el mundo, viene a ser como la consumación de la Misa. El «Ite, missa est», a la vez que concluye el acto ritual, inaugura su manifestación eficaz y constructiva en el mundo.

La fuerza interna de unidad mística de la Misa debe producir en la vida de cada día el mismo misterio de unidad, deseo ardiente de Cristo en sus últimas horas de vida mortal y signo supremo, ante los hombres, de la única Iglesia portadora del verdadero Dios. Esta unión de la comunidad cristiana, proyección de la Misa, es el signo de la Resurrección del Cuerpo Místico; sin él, la Resurrección personal de Cristo quedaría desvirtuada e invisible para los que no creen y su eficacia mermada en los cristianos tibios y rutinarios: también éstos necesitan ingreso más adulto y consciente en la Iglesia. Si no forzásemos, pues, las fronteras de la Misa y nos quedáramos en su acción ritual, dentro de los muros de la iglesia, la convertiríamos en un ghetto o círculo cerrado y ofreceríamos de ella una noción incompleta, por no decir errónea.

La ausencia de estas dimensiones apostólicas en nuestro vivir el misterio de la Misa justifica plenamente esa especie de ojeriza o desconfianza que abrigan para con los católicos no pocos hombres, especialmente obreros: «Si ser católico equivale a ese ir a Misa de tantos que frecuentan vuestras iglesias, sin proyectarla en su vida social, la religión ni merece la pena ni responde a nuestras justas exigencias por un mundo más justo, fraternal y humanitario.» Y sus argumentos no son falsos. La Misa que no produzca el misterio de unión entre

los hombres no es la que Jesucristo desea, porque no se convierte en agente de Resurrección mística de la comunidad cristiana.

DIRECTRICES PASTORALES

Esto sentado, surge un problema, relativo a la Catequesis de la Misa que damos a nuestras juventudes. ¿Cómo obtener la inserción de la Misa en la vida? ¿Cómo transformará no sólo la existencia individual, sino sobre todo la colectiva? ¿Cómo será germen de unidad en el mundo? He aquí algunas *indicaciones directrices*:

LA COMUNIDAD CRISTIANA A LO LARGO DEL TIEMPO

El instinto pastoral de la Iglesia, a lo largo de su Tradición, ha tenido siempre especial cuidado de sumergir a los convertidos en el seno de una *comunidad*. Esta, en los primeros siglos, fue distinta de la comunidad política, todavía pagana. Era comunidad de creyentes que acogían con sentido responsable a los nuevos convertidos. La fe de éstos encontraba apoyo y expresión en la fe de los ya bautizados, que, de rechazo, se afincaban más en ella. Entre unos y otros se afianzaba imperceptiblemente el misterio de unidad cristiana.

En los grandes siglos de cristiandad, la comunidad de la Iglesia no se distinguía del Estado. Es la teocracia medieval. Todo es cristiano; todo es Catequesis: las costumbres, el arte, las razones de Estado, la vida de familia, la parroquial; en una palabra, todo el espíritu y mentalidad ambientales. Esta mezcla de valores tenía no pocas ventajas, si bien no hemos de disimular sus debilidades. Pueden reducirse éstas a la poca capacidad de resistencia propia de un cristianismo excesivamente sociológico. Lo prueba la desbandada masiva de los pueblos hacia el protestantismo.

Actualmente hay que insistir de nuevo en el afianzamiento de la comunidad cristiana; que al mismo tiempo que sostiene al individuo, sirva de signo colectivo de la divinidad de la Iglesia para los que están dentro y fuera de ella.

COMUNIDAD CRISTIANA ENRAIZADA EN LA MISA

Tal comunidad hemos de enraizarla en la Misa, es decir, dar acción a nuestros muchachos, preocupaciones apostólicas, de unidad, de

caridad y de abnegación a partir de la Misa, vinculándolas con ella, con sus textos, su asamblea, con la comunión, el altar, el misterio pascual. Formar grupos de acción que, como tales, vayan sellando su personalidad en la Misa. Convertir dicha acción litúrgica en el centro primero de toda actividad apostólica, refiriendo a ella los otros valores espirituales. Dar objetos concretos de apostolado a su asistencia a Misa. Por esos objetos de acción, el grupo se irá estrechando más interiormente, su personalidad psicológica fortaleciéndose, su actuación colectiva densificándose y su pertenencia a la Iglesia irá tomando relieves y contornos más firmes.

Especificando aún más: proporcionemos metas de trabajo que partan de la misma preocupación o pensamiento. Este consistiría, en nuestro caso, en el dar remate al misterio de la Misa con nuestra vida: apostolado por la caridad, por el trabajo, el estudio, la apertura a los otros, la Catequesis, la Acción Católica, el espíritu cristiano en el deporte, en la política...

QUE CADA MIEMBRO DE LA COMUNIDAD SE «EXPRESÉ» EN EL SENO
DE LA MISMA

Para que la unión aumente y resulte cada día más interna y personal, hay que dar las mayores posibilidades de «expresión» a cada uno de los miembros de nuestros grupos de alumnos: que ellos mismos hablen, expongan sus planes apostólicos, los ideen, los juzguen, los critiquen y corrijan, y se los digan entre sí, tomen iniciativas, escojan sus jefes. La acción acompañada de la expresión en el sentido indicado es profundamente formativa: piénsese en la Legión de María, en la Acción Católica cuando funciona bien, en los actuales movimientos de apostolado, de misión, Mundo Mejor, Cursillos de Cristiandad, modalidades actuales de concebir la misión al interior... Y es que cuando se da convergencia interior entre varias personas, no tanto por la reciprocidad en el afecto, cuanto por el descubrimiento inevitable que operan de la realidad, objetivándose a sí mismas, la unidad adquiere fecundidad y relieves inimaginables. Los santos crearon misterios fecundos de unidad porque la acción impulsaba todas sus fuerzas; la unión matrimonial se acentúa por la virtualidad extraordinariamente cohesiva que poseen los hijos, objeto de la acción paterna.

Apliquemos todo esto a nuestro pensamiento: las comunidades litúrgicas auténticas y generosas entre los muchachos estrechan los

vínculos de amor después de una Misa así vivida, tanto más cuanto más se den en ella o en sus inmediaciones verdaderos signos de entrega y olvido de sí mismos.

UNIÓN PSICOLÓGICA, EFECTO DE LOS SACRAMENTOS

El educador tiene que insistir, como venimos diciendo, en el efecto ontológico unitivo de la Misa; pero también en su eficiencia psicológica: los Sacramentos también nos unen psicológicamente al Cuerpo de Cristo y al Cuerpo Místico. El caso de la Misa es notable: sus signos tienen especial fuerza fenomenológica de orden unitivo. Esta ha de ser objeto de la atención del educador, ya que a su través es como mejor conseguirá vincular a sus alumnos con Cristo y con sus iguales.

CONCLUSION

Los movimientos de la moderna civilización, lo mismo que las ideologías, insisten en la unidad de acción y de pensamiento.

Todos los estamentos del mundo, y no sólo uno u otro determinado, se encuentran hoy ante tremendas crisis. Viejas formas tienen que ceder el paso a las nuevas, mal que les pese.

También la Iglesia se halla en crisis porque también en ella han tomado carta de existencia, con el correr de los siglos, muchas formas e instituciones humanas contingentes. Por ser históricas, están expuestas a la corrupción o al anacronismo. De ahí que necesite la Iglesia labor constante de purificación¹⁵.

Sólo el verdadero sentido de unidad cristiana posee el instinto de selección. En esta tarea, los más clarividentes y celosos obreros que afrontan con energía el sesgo que ha de tomar la Iglesia en su misión de fidelidad al pasado, pero también al presente y al futuro, sienten con amargura la falta de unidad en los fieles, en sus evangelizadores, educadores, sacerdotes y obispos, en las Congregaciones religiosas...

Ha habido un espíritu rabiosamente individualista en los últimos siglos pasados. Su virus corre con mayor o menor fuerza por las venas de todos nosotros. Signos que no engañan son el espíritu de partidismo, de cofradía, de crítica, de individualismo, de grupitos, de búsqueda del bien particular, de escuela, de orgullo colectivo o Congregación..., orgullos éstos que envenenan incomparablemente más

¹⁵ Cfr. Jacques LECLERCQ, *Perspectivas cristianas de nuestro tiempo*, Dinor, San Sebastián, 1958, 2.ª edición, p. 51.

que los pequeños orgullos de los individuos, por ser más larvados e inconscientes, más «de familia». Con pretextos a veces edificantes, encubren la búsqueda de sí mismo, de nuestro amor y lucimiento propios, espíritu de fachada exterior, de trabajo por la galería... Es lo más opuesto al verdadero misterio de la Iglesia, que se construye esencialmente a partir del interior. Hoy se necesita, por el contrario, que nos convenzamos de que sólo interesa el bien general de todo el cuerpo de la Iglesia; el que ésta se transparente a través de nosotros más como humilde y espiritual que con el brillo de potencias, aplausos, faustos y reconocimientos oficiales y ruidosos.

Por tratarse de metas grandiosas y de orden supraterráneo, sobrenatural, no las alcanzaremos si no partimos del sacramento por excelencia de la Unidad: alimentada por la «comuni3n», la comunidad humana se establecerá sobre bases sólidas, ya que comulgar de verdad implica necesariamente el trascendental volverse del individuo hacia el otro, porque ve en él edificado con sillares humanos el Cuerpo de Cristo.

Con estas perspectivas, nuestro abordar a los demás será menos acción moral que actualización constante en el mundo del misterio de comuni3n que, cual agua viva, brota de la Eucaristía: EL MISTERIO PASCUAL DE CRISTO.

P. D. RODRÍGUEZ MEDINA, F.S.C.